

IRIS

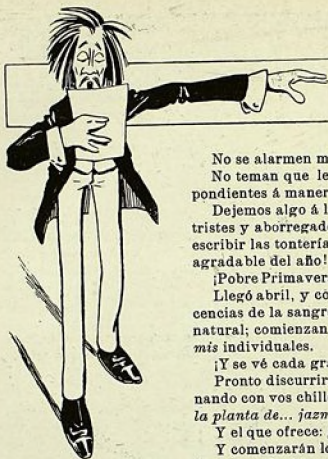


NÚM. 154

BARCELONA, 19 ABRIL 1902

25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid



Primavera...das

No se alarmen mis amabilísimos lectores.

No teman que les dispare unos *cantos* envueltos en sus *ripíos* correspondientes á manera de poético elogio primaveral.

Dejemos algo á los trovadores de ámplias guedejas, lácidos bigotes, ojos tristes y aborregados y tupé descomunal... ¡Porqué se necesita *tupé* para escribir las tonterías que escriben cuando *se meten* con la estación más agradable del año!

¡Pobre Primavera! ¿Qué daño hiciste á esos señores que tan mal te tratan?

Llegó abril, y con abril las lilas, y con las lilas, las primeras efervescencias de la sangre y los síntomas precursores de una honda revolución natural; comienzan á brotar flores en los campos, y granos en las *epidermis* individuales.

¡Y se vé cada grano por ahí, que me río yo de los peces de colores!

Pronto discurrirá por las calles el *clásico* vendedor de plantas, entonando con vos chillona y destemplada, la monótona canturria: ¡*Lleeevaar la planta de... jazmines... doobleess!*

Y el que ofrece: ¡*Fresa de Aranjuez, fresa!*

Y comenzarán los paseos matinales, ó matutinales, ó como se diga, de las niñas cloróticas que van á respirar oxígeno en el Retiro y á oír chico-

leos de los pollos *góticos*, ó *bizantinos*, ó *primaveras* que se dedican al ramo de *pollas cursis* y *mamás* de *ocho reales... con principios*, y modestas aspiraciones.

Con la Primavera, todo renace, todo se inunda en torrentes de alegría; los pájaros lanzan sus trinos amorosos llenando el espacio de armonías que encantan, las flores esparcen sus aromas que embriagan... ¡Surge el seno fecundo de la madre tierra el Amor, que es alma del Universo; la Naturaleza, sacudiendo el envanete marasmo que el invierno la produjera, recobra nuevos bríos, frescas energías, vida nueva, y la Humanidad arrobada por el espléndido espectáculo que á sus ojos se ofrece, entrégase á él en cuerpo y alma, y todo es paz, entusiasmo y placer entre los hombres!

¡Válgame Dios y qué cursilloncillo me ha salido ese párrafo!... ¡Cómo si al llegar la Primavera, se acabaran las penas en el mundo!

En cuanto me he sentido un poco poeta, —de los *marchitos* ¿eh? sin poderirme á la mano, he dicho unas cuantas majaderías y otras tantas falsedades.

Porque lo cierto es que al presentarse la Primavera en el *estadio* de las estaciones, se alegrarán los pájaros, y las flores y todo lo que ustedes quieran, pero ¿nosotros?...

¡Ay! Nosotros seguimos lo mismo... ¡Por nosotros no pasan Primaveras! Todos son inviernos... y de los peores!...

Seguimos persiguiendo denodadamente el *pan nuestro de cada día*; seguimos en perpetuo ajeteo luchando contra viento y marea para sacar á flote las dos pesetas que nos han de asegurar el cotidiano coedio; se exacerban nuestros dolorosos padecimientos físicos y no disminuyen, ni en un ápice, los morales.

Y adviertan ustedes el contraste; cuando trato de la Primavera, me pongo melancólico...

Es que cuando nos ataca esa pícara estación, mis *humores* se revolucionan y mi rostro semeja un gran trozo de papel lija cubierto de granos menudos, *si que también punzantes*. ¡Cómo que á veces, por distracción, enciendo las cerillas en mi cara!

Yo no sé si se ha escrito algo del mes de abril y de la inauguración de la temporada taurina y de la Primavera con todas sus consecuencias; tengo para mí que me suena un poco, aquello de: ¡Oh, Primavera, juventud del año!...



Y otro poco lo de: *las mañanitas de abril, son muy buenas de dormir.*

Pero de lo que todavía *no ha tratado nadie*,—que yo sepa,—es de los *descomunales* festejos que el ilustre Ayuntamiento de la coronada villa proyecta celebrar durante el mes próximo.

¡No es nada lo que la prensa *ha gemido* ya, exponiendo programas, ideas y opiniones de unos y otros; lo que han rodado por ahí los nombres de los *conspicuos* que forman las innumerables comisiones formadas para la organización de tales fiestas...

Diputados, concejales, comerciantes, industriales, banqueros... ¡qué se yo! Y todo ¿para qué?

Para ofrecernos puesta en acción la fabulilla de: *El parto de los montes.*

Habremos de conformarnos á la poste, con cuatro barracones mal fachados en el real de la feria,—que aun no sabemos si se establecerá en el Retiro ó en el Hipódromo, pero que desde luego creemos que pudiera suprimirse,—con unos cuantos castillos de pólvora mal quemados,—si se queman,—con la raquítica exhibición de pintarrajeada percalina en algunos edificios, que por la noche *lucirán* brillante iluminación de *á perro chico*... y paren ustedes de contar.

Por lo pronto, ya hay quien se propone publicar la *Guía oficial de los festejos de mayo*, con privilegio del ministerio de Instrucción pública y no sabemos si con licencia del ordinario.

¡Para lo que tendrán que ver tales festejos!

Pero no *anticipemos los acontecimientos*; quizás hayamos exagerado en la confección del anterior programa, todavía puede venir el tan acreditado *Tío Paco* con su no menos acreditada rebaja y entonces... ¡Entonces si que nos haría un favor de *primera*, ó de Primavera!

En fin, *ello* dirá y dará de sí.

No faltará quien crea que lo dicho dicho está con la intención de *sacar punta* á un asunto que no la tiene.

¡Cómo que ni buscada con candil, lograremos *verle la punta*!

Pero ustedes perdonarán ese desahogo *previo*, ó *á priori*, ó por adelantado, si les parece mejor, cuando sepan que he recibido una carta amenazadora que ha venido á amargar las dulcísimas esperanzas de diversión y esparcimiento que me hicieran concebir las proyectadas fiestas de mayo. Y si tengo razón ó no para lamentar que *eso* llegue, júzguelo el curioso:

«Querido sobrino: Como sé que tendrás muchas ganas de verme, lo mismo que á tu tía Eufrasia y á tus cinco primas, que son cinco pimpllos, y á tus tres primos, que sienten la mar de fatigas por ver Madrid, te anuncio que, con motivo de los solemnes festejos que se preparan para celebrar la coronación del Rey en mayo, aprovechando la rebaja de los trenes, iremos todos allá, lo cual te alegrará mucho, y á tu mujer y á tus cuatro muchachos, que jugarétearán de lo lindo con los míos. Porque has de saber, que en vista de lo que dicen los periódicos respecto á la escasez y carestía que ha de sentirse en los hospedajes, y además, porque no quiero hacerte un desaire dándote de paso el natural disgusto, he decidido que todos nos embanastaremos en tu casa y así estaremos más unidos y nuestra diversión será mayor; sobre todo no te preocupes de comodidades, porque nosotros de cualquier modo nos acomodaremos y estaremos bien al lado tuyo y de tu familia. Conque hasta San Isidro,—si Dios quiere,—que será cuando caigamos sobre ti. Sabes que te quiero mucho tu tío,

PANTALEON

¡Y ahora díganme ustedes si puedo yo estar contento con la llegada de la Primavera y los festejos de mayo...!

LUIS FALCATO



EL DOCTOR D. BARTOLOME ROBERT

Irreparable pérdida es la que acaba de experimentar, no ya Barcelona, ni Cataluña, sino España entera, con el repentino fallecimiento del ilustre catedrático de Medicina don Bartolomé Robert, *leader* del partido regionalista y diputado á Cortes por esta capital.

El doctor Robert nació en Tampico (Méjico) donde su padre, catalán, natural de Sitges, ejercía la profesión de médico. Llegado á España siendo muy niño aun, comenzó á cursar la segunda enseñanza en Sitges, terminándola en Barcelona, y siguiendo la irresistible vocación que le impulsaba á dedicarse á la misma carrera que su padre, la estudió en esta Facultad con extraordinario lucimiento.

Prontamente, en efecto, se distinguió Robert por su envidiable talento, unido á una memoria portentosa y á una aplicación nada comun. Alumno interno del Hospital de Santa Cruz, ganó en 1864 el premio extraordinario de licenciatura, y luego el de doctor, con nota de sobresaliente.

En 1867 obtuvo, por oposición la plaza de ayudante de clases prácticas de esta facultad; en 1869 la de médico mayor del Hospital de Santa Cruz y en 1875 la cátedra de Patología médica que con tanta brillantez ha venido desempeñando desde entonces.

Por sus merecimientos fué llamado á ocupar los más importantes cargos, así profesionales como de carácter público; fué, pues, presidente de la

Real Academia de Medicina de Barcelona, de la Academia y Laboratorio de Ciencias Médicas, vicepresidente del Congreso Médico Internacional reunido en Barcelona en 1888; vocal de la Junta Provincial y de la Junta Municipal de Sanidad, en las cuales

tuvo ocasión de prestar importantes servicios durante la epidemia de fiebre amarilla en 1870 y de cólera en 1885; socio de ininidad de academias de medicina españolas y extranjeras, etcétera.

Su actividad era asombrosa, pues teniendo que atender á una clientela verdaderamente enorme, á una consulta en casa interminable, á numerosísimas consultas y á su cátedra, quedábale tiempo aun para prodigar su hermosa palabra, llena siempre de ciencia, en las corporaciones de que formaba parte, así como para dar á la prensa innumerables trabajos, artículos, memorias, libros, nutridos de doctrina y reveladores de sus vastísimos conocimientos y atinado criterio.

Nombrado alcalde de Barcelona por el señor Silvela renunció al poco tiempo su cargo, por no estar conforme con los procedimientos ordenados por el señor Villaverde

contra los contribuyentes, acto que le valió una inmensa popularidad, y abrazando definitivamente la causa regionalista consagróse desde entonces con entusiasmo á su propaganda y defensa. Presentes están aun en la memoria las últimas empedadadas elecciones de diputados á Cortes por



† D. BARTOLOMÉ ROBERT Y YARZABAL
sabio médico, insigne político y elocuente orador.
(19 octubre 1842—19 abril 1902)



EL COCHE FÚNEBRE



COCHE DE CORONAS, PASO POR LA RAMBLA

Barcelona, en que alcanzaron el triunfo los cuatro candidatos regionalistas, entre ellos el doctor Robert, y toda España recuerda la impresión que produjeron en el Congreso sus discursos, modelo de oratoria parlamentaria.

Inclemente se muestra el destino con nuestra pobre nación, pues mientras los más funestos políticos alcanzan una longevidad de Matusalenes, desaparecen hombres que como Robert eran una espe-



EN ATARAZANAS



CÁMINO DEL CEMENTERIO

ranza para que España saliera de su postración, pues el insigne político que acaba de desaparecer no trabajaba para Cataluña sola sino para todos.

El entierro del doctor Robert fué uno de los actos más imponentes y solemnes que habrá presenciado la actual generación; no fué aquello un ostentoso alarde de vanidad ni pretexto para valerse de la ocasión al objeto de convertir un entierro en manifestación política, haciendo servir al difunto de cómplice. No; los centenares de miles de personas que contemplaban el paso del cadáver ó formaban en la comitiva no pensaban más que en el doctor Robert; no experimentaban otro sentimiento que el de su pérdida, ni les embargaba otra emoción que la del hondísimo pesar ocasionado por tan desgraciada muerte.

Aparte de esto, necesario es decir, que el entierro revistió toda la pompa que requería la altísima condición de la ilustre personalidad á quien se tributaban aquellos honores fúnebres. Todos los cande-



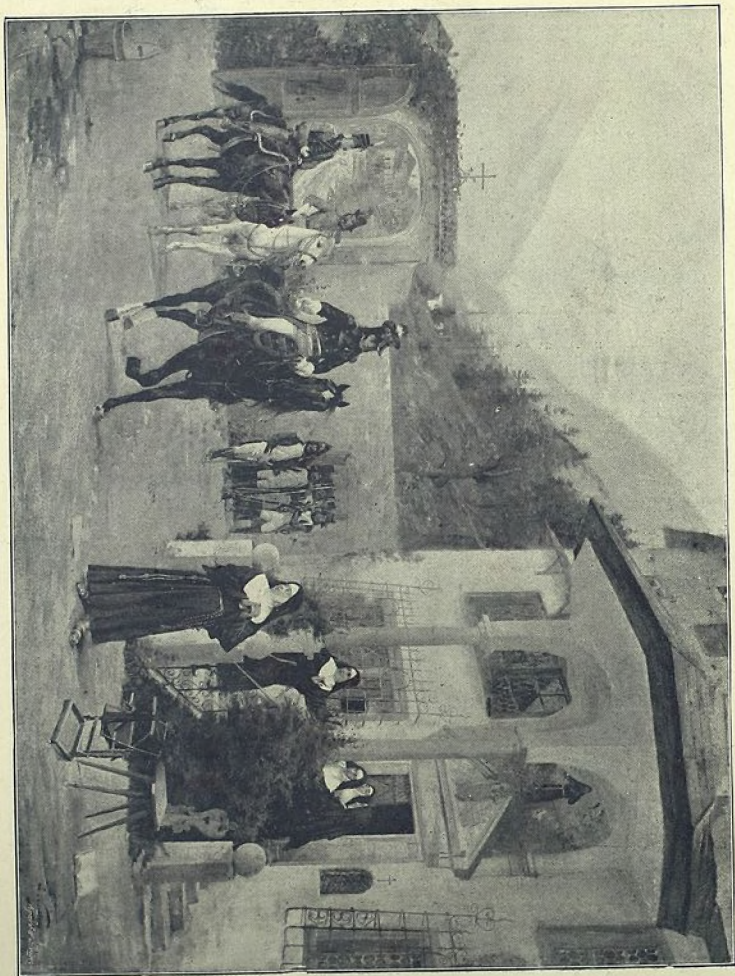
PENDÓN DE LA FACULTAD DE MEDICINA



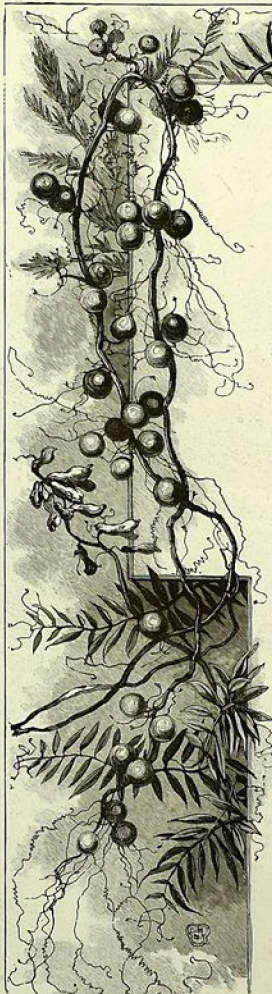
CONDUCCIÓN Á LA TUMBA

labros y faroles de las Ramblas, plazas y avenidas por donde debía pasar el cadáver estaban envueltos en negras gasas, con los mecheros encendidos; la multitud inmensa, aguantando horas y horas á pie firme la copiosa lluvia que caía mostrábase callada, respetuosa, conmovida, dándose el singular espectáculo de un pueblo verdaderamente consternado por la muerte de un gran patriota.

¡Descanse en paz el insigne médico y el político modelo de probidad y desinterés!—ALFREDO OPISSO



OCUPACION DE UN CONVENTO DE NONIAS POR EL GENERAL REPUBLICANO FRANCÉS LACOMBRE
EN LA BATALLA DE ZURICH CONTRA LOS RUSOS (1918)



RELAMPAGUEO

Reprime tu pena, ahoga el sollozo
y seca esas lágrimas,
no llores, no llores, que el hombre que llora,
el mundo le dice, que no tiene alma.

Cuando el día, muere,
y la noche, extiende
las primeras sombras,
por mirar, tan solo
tu cara, mi vida, y verse en tus ojos,
los astros se asoman.

Cual, del mar, las olas,
hermosa trigoña
así es tu cariño,

p'ácido ó vehementemente, viene, vase, torna,
pero como ellas

nunca puede estarse, en el mismo sitio.

Si estamos alegres,
alegre parece

aquello más triste,
más si al alma, embargan, las penas, entonces,
lo amargo que vierten,

á lo más alegre, de tristeza visten.

Y te juré amores, y tú me juraste,
que también me amabas;

y besé tus ojos, sintiendo en mis labios,

el peso del alma;
del alma, mi vida,
que entre las pestañas
de tus negros ojos,
se quedó enredada.

Sabía, que iría,
que iría al cadalso,

que penas eternas, allá le esperaban;
más ella era buena, no estaba en pecado

ó iría á la gloria,
y la amaba tanto,

que por evitarle pesares, y lágrimas,
la ahogó entre sus manos.

Mi mejor amigo, el que me comprende,
al que yo más quiero, y el que más me ama,

es la guitarrita, que sinceramente,
sin doblez ni farsa,

cuando río, ríe,
y sus cuerdas gimen,
cuando gime el alma.

L. FRAU MARSAI



Salvador Viniegra: ANTES DE LA CORRIDA

Ayuntamiento de Madrid

UN AMOR

I

Se amaron mucho. ¡Qué de placeres en el año de convivencia que los juntó en un cuartito interior que Federico hizo amueblar con lujo, allá en uno de los barrios extremos de la ciudad! ¡Cuánto gozaron los dos, en aquel nido de amores que alegraba diariamente un generoso rayo de sol! Ella, una rubia alta, menudita de carnes, peliducha, con esa palidez que parece ser el distintivo de una raza que va a morir, con relampagueos de pasión en los enormes ojos negros y picarescos donaires de hembra meridional. A aumentar las infinitas seducciones de aquella mujer, contribuía mucho la viveza de sus ocurrencias, la pintoresca locuacidad de las criaturas que se educan a la intemperie, en el trato prematuro de los hombres meridionales. Caso frecuente en las personas dotadas de un gran fondo de sensibilidad, pasaba Carmela sin transición visible de una alegría ruidosa a una tristeza sin consuelo, y en determinados días, cuando el cielo mostraba esos tonos parduzcos tan del gusto de los hombres del norte, acometíanla unas murrias que la ponían a morir. Y entonces lloraba. Lloraba males imaginarios, supuestas traiciones de su hombre, dando por cosa real y efectiva para lo futuro lo que urdía sin fundamento su desquiciado magín. Su vida era un amasijo de supersticiones sin otro guía que el disparate. A pesar de todo eso era una mujer adorable.

El, un muchacho fornido, robusto, con robustez congestiva que se exteriorizaba en su rostro lleno y sanguíneo y en las estrías encarnadas que le surcaban los ojos dándole apariencia de borracho. Amaba a Carmela sino con locura porque las pasiones intensas son síntoma de mala salud, con el amor humano y vulgar, amor que se nutre de besos y funde a los que se aman en la callada soledad de la alcoba. El amor, digan lo que quieran los poetas, eternos prevaricadores de la realidad, es un sentimiento bien simple que nada tiene de divino. El secreteo de las miradas, la ternura que irradian las papilas de la hembra en presencia del hombre amado, el ansia que se adivina en la opacidad ronca de la voz, en la torpeza del ademán, en el balbuceo de los labios, en la incoherencia del pensamiento (son algo más que manifestaciones de ese placer de los dioses que afirma la perpetuidad de la raza? Todo lo demás, ese espiritualismo enfermizo que socava el alma del poeta, es pura faramalla que ya nadie puede tomar en serio. El ideal entrevisto en unos ojos de mujer, es cosa bien efímera. Lo durable, lo estadizo, lo permanente, lo que nos conduce a inmolar nuestra personalidad trasfundiéndola en nuestra sangre a otras entrañas es el amor humano, antiguo como el mundo porque procede de los primeros días de la creación...

II

¿Cómo y dónde se conocieron? En un teatro. Ella formaba parte del cuerpo de coros en una compañía de quinto orden, una de esas compañías constituidas con elementos dispersos de las que suelen actuar en los teatros de Madrid. La chavala era honrada. No obstante la promiscuidad de sexos inevitable en la vida de bastidores adentro pudo eludir aproximaciones que comprometeran su honestidad. Tenía el desenfado peculiar de las mujeres de su condición social, pero sin llegar al impudor. Aceptaba un ramo de flores del primero que se lo ofreciese y sabía agradecer un requiebro cualquiera que fuera su procedencia sin considerarse por ello ligada a nadie. Coquetearías inofensivas.

Desde una butaca de primera fila que él solía ocupar, asedió a Carmela una noche y otra seducido



por el h
hasta la
ra. El, q
cayó en
vez salí
dole por
El res
muchach
Tontería
ron muy
ni dar in
la tarde
en pers
áquerer
se al t
donde a
de estar
lud en
nada bu
esperab
lo porve
cogidos
cero, sa
del esc
una noct
no volve

II

Se a
mucho.
año. Vi
las mi
ideas, p
pando
mismos
res, desl
del res
mundo,
gados er
po y a
una, es
Ella, as
da a su p
bierto de
cuerep
de amor
Al volve
Pregunt
en las ro
Nada ma
la reserv
desdén a
cias recr
Los c
La se
él de un
era por
sente de
tando en
la tierra

por el hechizo de su persona, mirándola con ojos que abrillantaba la codicia. No le fué difícil el llegar hasta la mujer deseada cuya charla pintoresca y de espontáneo chiste acabó de trastornarle la sesera. El, que era un oso desgarrado, no tuvo para ella ni la atención de un requiebro, pero, á ella le cayó en gracia aquel señorito serio, parco en el hablar, arrogante y guapo sin presunción. Más de una vez salió á su defensa contra sus compañeras de coro que pretendían mortificar al muchacho tomándole por un cura castrense.

El renovó á menudo su visita al escenario y por sabido merece callarse que vió á Carmela sin que la muchacha hiciera nada por esquivar el encuentro. Y hablaron de largo y sin testigos. ¿Qué se dijeron? Tonterías y puerilidades. Nada que trascendiese á pecado. Luego, transcurrido algún tiempo se hicieron muy amigos y él, libre ya de preocupaciones, la enamoró á la vista de todo el mundo, sin recatarse ni dar importancia á la zumba crítica de las coristas. Venciendo los naturales escrúpulos de Carmela tardó poco en persuadirla á que renunciase al teatro, donde además de estar su salud en riesgo nada bueno la esperaba para lo porvenir. Y cogidos de brazo, salieron del escenario una noche para no volver ..

III

Se amaron mucho. Así un año. Viviendo las mismas ideas, participando de los mismos placeres, desligados del resto del mundo, entregados en cuerpo y alma el uno al otro. Ella, esclaviza-

da á su gusto por aquel hombre tan bueno que arrancándola de una existencia incierta la ponía á cubierto de las penosas eventualidades del mañana. El, tiranizado por aquella criatura adorable, por aquel cuerpecito hecho para la caricia y, por aquella boca de claveles en la que hasta la queja era un mimo de amor. ¿Quién habló de separación? Pretextando un viaje ineludible se ausentó él, por algunos días. Al volver, ella le notó preocupado y con sagacidad femenina, avivada por los celos, entrevió algo malo. Preguntó, indagó, explorando con disimulo en el corazón de aquel hombre, metiéndose maliciosamente en las reconditeces de su pensamiento. Todo en vano. Nada supo en concreto. Sospechas, presunciones. Nada más. A partir de entonces, la vida se hizo punto menos que imposible para los dos, porque, con la reserva taciturna de él contrastaban las cóleras de ella, cóleras rabiosas de mujer que adivina en el desdén actual el abandono futuro y sin remedio. Y en la intimidad las insidias de los ojos y las malicias recriminatorias de la palabra concluyeron por trocar aquel idilio en un infierno.

Los celos de Carmela anticiparon el rompimiento.

La sensación de fatiga acentuábase en él cada día más. Apenas hablaba. Al cabo una noche habló él de un matrimonio concertado por su padre y fingiendo la más viva contrariedad añadió que si cedía era por no disgustar al anciano. Ella devoró en silencio aquella declaración. Y mientras él estaba ausente desahogábase refiriendo sus cuitas á todo el que quería oírle entre sollozo y quejas. Recapitando en lo que suponían para ella aquellos amores truncados creyó morir. Se imaginó que se hundía la tierra bajo sus plantas y que al apagarse el cariño de aquel hombre se apagaría el sol. Por el pronto



nada le dijo en son de queja, pero, como él, movido de un sentimiento generoso la prometiese no abandonarla, ella se negó á aceptar pensiones ni viáticos en dinero, por considerarse humillada con aquella limosna. Federico insistió con tan buena maña que la moza acabó por avenirse á una separación amistosa, á uno de esos convenios en los cuales el corazón del hombre no pone nada. Y se separaron. Ella sollozando, con el alma deshecha. Él, cansado y triste, pero, sin sombra de nostalgia.

IV

Lo peor del caso fué que la pensión no duró largo tiempo. Nadie es consecuente en la dádiva sin amor. Sin alientos para volver al teatro donde por otra parte es dudoso que hubiera sido admitida porque sus menguadas facultades para la tarea escénica habianse agotado, sin aptitudes que aplicar á un trabajo que la procurase medios decorosos de subsistencia, Carmela hecha ya al regalo y á la ociosidad alegre pasó de mano en mano bastando su cuerpo mientras el palmito se mantuvo en plena sazón de hermosura. Después sobrevino la caída y cayó por grados, rodando del señorito rico que se costea un capricho al obrero que satisface primitivamente un instinto. Y así un día y otro, aterida el alma y dislacerada la carne, sin una ilusión, sin sombra de esperanza, tascaudo la pena de haber amado mucho, dejando pedazos del corazón en las zarzas del camino.

MANUEL BUENO

¿QUE ES LA MUJER? por Karikato



La mujer es una serpiente con la cabeza de Eva y la cola de Electra.



¡Oh, la mujer! ¡La mujer es el rayo de luz violada que titila en el atardecer de un día gris; ¡ah!



La mujer sin marido, es una planta de estufa... sin estufa.



Para mí una mujer no es nada... Ocho ó diez mujeres ¡pehe!



La mujer es un cuerpo de encaje Chantilly con orla de terciopelo Liberty... género de esta casa, Limoncello, &



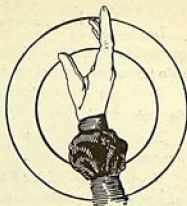
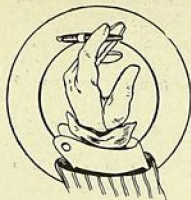
La mujer es una barricada que se entrega al primer ataque... si Weyler lo permite.



La mujer es la obra más hermosa de Dios nuestro señor.



La mujer es un Diógenes que se pasa media vida buscando un hombre... y á veces la otra media.



HISTORIA DE UN GUAENTE

En un viejo arcón le hallé.

Era un guante de soldado, un solo guante ¿qué hacer con uno solo? me dije. ¡Un par me serviría caso de que fueran de mi medida y de moda; pero uno, demasiado grande y antiguo!

No obstante, fué mucha mi curiosidad y por ello hube de interrogarle y me contestó y de este modo adquirí grandes conocimientos de historia y literatura.

Ved aquí lo que el guante me dijo.

Somos persas de origen.

Los pueblos orientales fueron los primeros que pusieron en uso el guante.

Grecia, pueblo que deificó el desnudo, pueblo en el cual solo trabajaban los esclavos, pues aparte de los juegos y de la guerra, eran ociosas las costumbres del ciudadano, tierra de clima suave, no aceptó el guante de frecuente uso, si tan solo capricho de la moda.

La iglesia católica, por su admirable liturgia, introdujo verdaderamente en Europa el uso de los guantes.

Téngase esto en cuenta, pues no hemos de confundir con el guante, la manopla militar romana.

El sacerdote católico cuyas manos ungen con oleo sagrado, bendicen, bautizan y han de mantenerse puras para servir en el más grande el más augusto ministerio de la consagración, convínole siempre conservarse enguantado; pero como los guantes eran además signo de autoridad, los sacerdotes que los usaban despojábanse de ellos en el templo, demostrando así un profundo respeto.

El guante era caro y no se hacía obligatorio su uso para los sacerdotes; á los cuales, desde remoto tiempo obligaba la iglesia á lavarse las manos antes y después de celebrar el incruento y santo sacrificio.

Guillermo Durand, citado en una obra de indumentaria, dijo que los obispos debían cubrir con guantes sus manos «para que la izquierda no supiese lo que hacía la derecha», pero en realidad el guante en los prelados fué y es signo de autoridad. En tablas, bajos relieves, medallones y estatuas, griegas, cifras capitulares de los grandes misales y evangelios donde aparece la figura de algún obispo se ve siempre la mano enguantada sosteniendo el báculo episcopal.

Eran dichos guantes blancos, verdes, purpúreos y de color violeta. Los primeros significan pureza, los segundos potestad, los rojos justicia y los últimos fuerza y ciencia. Todos estaban hermosamente bordados de sedas y de oro con perlas y piedras.

Yo te voy á referir una leyenda chinesca, dijo mi guante:

«Esconde tus pies apretados blandos y blancos en escarpín de cedro perfumado ó de oloroso alcanfor; de plata bruñida ó de marfil calado y cincelado, que no se quiebren como cañuela y tallo endeble; ¡guarda tus manos en bolsa de dediles de bordado cendal que no marchiten ni sequen! Puede el viento desvanecerte ¡oh tenue rosada nube! Puede el fuego del sol derretirte como á la nieve de las

montañas que tocan el cielo, puede absorberte como al agua de los lagos que se hace vaporosa niebla».

Los persas recibieron sin duda de los lejanos pueblos del oriente asiático, así como éstos de los más escondidos lugares del norte siberiano el artificio de los guantes. En Europa, durante mucho tiempo, solo los españoles, solo nuestros soldados nos llevaron.

De los guantes de los soldados españoles que fueron á Flandes copiaron los franceses los que usó después su ejército.

El antiguo guante cortesano de España era perfumado con esencias deliciosas de jazmín, cedro, azahar y otros aromas.

No queremos privar á nuestras lectoras de una curiosa anécdota que leímos años hace en un libro antiguo y que copiamos textualmente:

«De cuantas aventuras me sucedieron en las Indias, capitán amigo, una hay que no olvidaré.

«Habíamos salido muy temprano el día á recorrer el contorno de nuestro campo y fuimos los soldados dispuestos de modo que por puntos varios repartidos hiciésemos más segura por ser menos ruidosa la vigilancia; que estos naturales son así de astutos como de valerosos y aguzan en sus acechos el sentido.

«Víme solo y luego de rondar hice descanso tras unas matas espesas que servíanme de muro, descalcé mis guantes, quitéme correaes y hallemme holgado.

«¿Qué dirás buen D. Luis cuando sepas que de allí á poco pie tras pie y de puntillas llegó un indio, y al ver mi guante, que arrojado había yo desdichosamente sobre una roca próxima; abrió radiantes de terror los ojos y expresó á la vez fiero contento?

«No me veía á mí, más yo veía sus gesticulaciones y ademanes y aun ya entendí sus palabras, que el lenguaje que ellos usan éranos conocido á los soldados.

«¡Las manos han cortado á un castellano! ¿Aquí le devoró alguna fiera? llamaba el indio.

«Salté yo con mucho reír y sobrecojióse de sorpresa, más cuando tomé los guantes y ante el aterrado indio púsemelos lindamente.

«Huyó con gran terror pensando que me era dado á mí desollar mi piel y volverla á su lugar, cuando fuera de mi agrado y voluntad.

Contad que esto muestra la pura superstición y grandísima ignorancia de los dichos naturales. Como éste muchos casos pudieran contarse».

Hasta pasada la revolución francesa ya en tiempo del directorio y mejor aun del imperio no se generalizó el uso del guante. Durante el imperio era prenda indispensable en los actos oficiales.

Más nos dijo mi guante.

¿Os parece poco? pues atrévome á arrojar mi guante por ver si hay quien más sepa de tan importante industria española.

(Dibujos de F. Verdugo)



JOSÉ ZAHONERO

Con el
los señores el
album J

B

Sidonio

Zola

La pie

Bernard.

El amo

rellano S

La vol

Emilio Z

El fin d

Alexis.

Santiago

Zola.

La fiesta

Zola.

El secre

de L'Isle

Sin tra

Los sup

(ilustrad

El ma

rico Souli

La inoc

por Carlo

Para pe

nistración

za de Tet

Con el t
giques ha
critor por
en lengua
colección
de exquisi
do del cen
Nada más
que esas
de las cua
á la huma
mente sin
cher de Li

UN

Sustituir
misma voz

RESERVA

ALEMANIA



SOLDADO DE LA GUARDIA PRUSIANA